

sentí yo. Me enamoré de una modista y ella me encontró aceptable; brindé de tú á tú con un subteniente de artillería; dí mil abrazos á Redondo, y al fin, reunidos los tres de la casa de huéspedes en un ángulo de la sala, entramos en pláticas de confianza y salieron las confidencias.

—Vd. se duerme, me dijo Redondo; ahí está Jacinta que puede decirlo.

—¿Creer Vdes.....?

—¡Bahl!

—¿Pues no?

—Está que se muere por vd.

—No me duermo; lo que sucede es.....

—Que es vd. cobarde, hombre.

—¡Cobardel! ¿De qué he de tener miedo?

—Si yo estuviera en lugar de vd.....

—Ó yo, que no me muerdo la lengua.

—Pues he de probarle á vdes. que no soy cobarde, dije picado. ¡Ya verán!

Los estudiantes siguieron obstinados en que tenía yo miedo, que no sabía yo nada en aquella materia, y me demostraron, contándome sus azañas, que ellos eran capaces de las más atrevidas empresas, y que daban cima á las más arduas.

Á la madrugada el desorden era atroz, aunque allí se llamaba sencillamente animación, alegría. Las Valcuernos tenían trabajo con andar apaciguando disputas y cortando pendencias; las bocas estaban balbucientes, los ojos turbios, los cerebros torpes.

No sé á qué hora terminó el baile, del cual quedé maravillado y contento, jurando volver siempre que se repitiera y aun con mi cuota apercebida. Imposible era entrar á la casa de Barbadillo, y puesto que no debía de faltar mucho espacio para la llegada del día, nos resignamos á esperarle, andando de aquí para allá, sufriendo con paciencia el frío penetrante, contra el cual poco valían nuestros malos abrigos.

Cuando la portera abrió, ya hacía rato que esperábamos junto á la puerta. Entramos, me eché en mi cama sin desnudarme, y dormí profundamente hasta las doce del día.

Al despertar, los recuerdos de la noche me ruborizaron; traje á la memoria cuanto hice y dije; mi conversación con la modista, la que tuve con Redondo y Joaquín,

y me sentí hondamente arrepentido y avergonzado. Pero ¡qué demonio! ¿no era yo hombre, como otro cualquiera? ¡Con razón decían los estudiantes que yo no servía para aquellas cosas, y que tenía miedo! Debía yo sostener lo que había dicho, y demostrar que era yo tan capaz como ellos de cualquiera aventura. Si Jacinta había notado mi ausencia, mejor; si estaba enojada y celosa, mucho mejor; esto me allanaría el camino, puesto que nada hay para vencer como inspirar celos.

Á la una fui al comedor. Tenía yo miedo, pero logré disimularle, y procuré no turbarme con la cara seria y enojada que me puso Jacinta.

Comí apenas, porque me faltaba completamente el apetito. Un malestar que nunca había sentido me hizo volver á mi cuarto, en donde tomé algún libro que no pude leer y arrojé á poco sobre la mesa. Laxitud de miembros, debilidad nerviosa, leve dolor de cabeza, me recordaban los excesos de la pasada noche, y me mantuvieron encerrado toda la tarde. Tan largas horas habrían

sido para mí de tormento, si las consagrara á pensar en Remedios y Cabezudo; pero había á la sazón una idea predominante en mi cabeza, y ella me ocupó constantemente: que me dormía yo, que tenía miedo, que Jacinta podía decirlo. ¡Ya iban á ver si no me atrevía!

Cayó la noche, y resueltamente me fui á la sala. Jacinta, según costumbre establecida, fingía leer el tomo de Alamán que Barbado había dejado sobre la mesa, y me esperaba con impaciencia, pues hacía ya media hora que el viejo había salido á la calle, y apenas nos quedaba otra media de libertad. Al verme entrar, dejó el libro á un lado, frunciendo violentamente el ceño, y cuando me sentaba yo á su lado, me dijo con acento de cólera:

—¿Cómo pasaste la noche?

—Vamos, contesté, no te enojés, que no hay motivo.

—No seas cómico; no me inventes mentiras, porque no he de creerlas.

—No, Jacinta, repliqué con dulzura, no invento nada. Me entretuve con unos ami-

gos, se hizo tarde y me pareció imprudente venir á tocar la puerta á las once de la noche.

—¡Por eso has dormido toda la mañanal

—Nos propusimos despachar el periódico y velamos.

—¡No tienes vergüenzal gritó la muchacha, lanzando fuego por los ojos. Te has juntado con esos dos bribones, y te estás volviendo tan pícaro como ellos. ¡Vete de aquí! ¡Vete, que ya no te quiero ni te puedo aguantar!

Me había propuesto aprovechar los celos y el enojo de Jacinta; pero llegada la ocasión no supe cómo hacerlo. Estaba yo cortado y corrido, y permanecí inmóvil y en silencio.

Jacinta, que había apartado el rostro, lo volvió á mí con un movimiento rápido, y me dijo breve y ásperamente:

—¡Te digo que te vayas!

Y como apoyara en la mesa los brazos, hundiendo la cabeza entre ellos, sin obedecer ni contestar, me atreví á adelantar la mano y le acaricié las trenzas. Pero ella,

sin alzar la cara, echó atrás una mano, y con violento golpe apartó la mía.

—¡Vete! me dijo.

É incapaz yo de conocer y saber tratar á una Jacinta de treinta y dos años, que podía enseñarme mucho de lo que yo ignoraba, y burlarse de mí á su sabor, creí en su enojo, me dí por vencido, y con la vergüenza del chasco, me levanté y dí dos pasos lentos y tímidos, dirigiéndome á la puerta. Jacinta levantó la cabeza, y yo dí algunos pasos más.

—¡Ven acá! me gritó, con mayor enojo. ¿Qué..... qué no te ocurre decirme nada?

Y entonces sí que estaba colérica. Sus grandes ojos, oscurecidos bajo las anchas cejas que se unían por el fruncimiento del ceño, su boca enrojecida, las narices dilatadas, daban al duro semblante de Jacinta un aspecto de fiereza terrible, que me pareció la más atractiva hermosura, y la revelación más franca de la mujer.

Obedecí dominado, atraído, y al estar cerca de ella, me tomó por la mano, estrujándola con extraordinaria fuerza y me repuso

en mi asiento; clavó en los míos sus ojos de lumbre, y sin soltar mi mano me dijo:

—Contéstame claro ¿me quieres? Sí ó nó.

—Sí, le contesté, sintiéndolo con verdad en aquel instante.

—¿Me quieres? repitió, acercando su cara á la mía, hasta bañarme con el aliento abrazador que lanzaba por la boca entrea-  
bierta.

—Sí, mil veces sí, volví á contestar.

Y entonces se lo decían á una, la energía de mi voz, el fuego de mis ojos, y la nerviosa fuerza con que estreché sus manos entre las mías.

—Te lo creo, me dijo; te lo creo porque lo dices con el alma. Yo no puedo vivir sin tí; no me abandones, no me dejes de querer, porque soy capaz de ahorcarte. Te lo creo; pero eso es en este momento; mañana, tal vez dentro de una hora, te arrepientas; porque eres así: me quieres cuando estás á mi lado, lo veo, lo siento, y después no me haces caso.

Habló, habló buen rato, con impetuosa verbosidad, asombrándome con el exacto

conocimiento que tenía de cuanto dentro de mí pasaba, con relación á ella, sin turbarse siquiera al expresarlo todo con atrevida claridad, ni esconder ó callar á lo menos el secreto de la seducción que sobre mí ejercía. Yo la oía, pendiente de sus palabras, con vagos estremecimientos de gozo, complaciéndome en aprobar lo que decía y sin rubor para confesar que cuanto imaginaba era cierto.

Al cabo llegó al punto á que conducían sus extrañas declaraciones, y que yo no adiviné ni sospeché remotamente.

—Tengo derecho para exigirte una cosa.

—Díla.

—Tengo derecho, después de todo lo que pasa, y de lo que te he dicho.

—Díla, repetí con valor.

—Cásate conmigo.

Apenas vacilé un segundo, que necesité para resistir la terrible impresión que estas palabras me causaron, y traer á la memoria un caso de Pedro Redondo.

—Me caso, contesté.

—¡Pero pronto! dijo ella con gran exaltación.

—Pronto, respondí.  
—Entonces, dijo Jacinta estrechándose conmigo, entonces.....háblale á mi papá ahora mismo.

Me sobrecogí de espanto al oír tal proposición. Además, Jacinta había dicho estas palabras con cierta suavidad, dando á su semblante aire de dulzura, en vez del aire de fiera embravecida que tan admirablemente le sentaba. La Jacinta que me seducía había desaparecido.....

—Eso.....balbucí, sin poder disimular mi turbación; eso...no es bueno todavía.

—¿Por qué no? preguntó ella irguiéndose con el semblante otra vez amenazador.

—Porque...Mira que tu papá no lo recibirá bien.

—Que no lo reciba; después lo consentirá.

—No tengo posición definida.

—¿No dices que te casarás pronto? ¡Mentiroso!

—Pronto; pero no tanto que...

—¡Qué más posición que la que tienes y la que puedes conseguir! Dí que no quieres

y dirás la verdad. ¿Quieres jugar conmigo? Pues te equivocas. Eres un hipócrita; finges ser sencillo y bueno y eres un.....

—¡Cállate! dije con voz ahogada, haciendo instintivamente el movimiento de taponar la boca.

—¡Hipócrita, mentiroso! repetía ella fuera de sí.

—¡Cállate! volví á decir, temeroso del escándalo. No digo que no le hablaré.....Escúchame! No digo que no. Pero hacerlo así desde luego, ahora mismo, sin buscar la mejor manera y el momento oportuno, es tal vez echarlo todo á perder.

Y como viera yo que se apaciguaba, continué con mayor empeño.

—Tu papá es hombre de mal genio, y es preciso estudiar el modo de hacerle esta declaración poco á poco. Por esto te hablo de mi posición; porque ya sé que esa ha de ser la respuesta que me dará. Por lo demás, puesto que estoy resuelto á casarme contigo y lo deseo y he de conseguirlo, ¡cómo no he de hablar á tu papá!.....

—Vamos, dijo Jacinta, calmada, pero re-

celosa; creo que te da miedo el paso. Ó mientes ó tienes miedo.

—La verdad, dije yo, aceptando la salida que ella me daba; la verdad es que tengo también algo de ese miedo que es muy natural.

Los pasos de Barbadillo sonaron pesadamente en el corredor, y en seguida el viejo entró en la sala, dejó sobre una silla el sombrero, y fué á sentarse jadeando en su sillón de vaqueta.

—¡Ufl hizo el viejo, respirando con fuerza; ¡cómo me sofoca esa maldita escalera! También es cierto que vengo de la calle de San Ramón, que no está á la vuelta.

Yo no contesté una palabra. La llegada de Barbadillo me había cortado, y miraba yo con desconfianza la actitud de sorpresa, miedo y timidez que Jacinta había tomado repentinamente, como niña de siete años, sorprendida en el momento de hurtar una golosina. Aquello no era natural, no era verdad, y me asustaba y ponía en congojas.

—Estuve charlando con Don Antolín, continuó el viejo, sin notar la desazón de su

hija; ya sabe vd., aquel gran político de mi tiempo, uno de esos de que se ha perdido la semilla. Y ¡cómo nos hemos reído de los liberales! Vea vd. si hay razón. Un sargento del antiguo ejército es ahora uno de los hombres más distinguidos en la política y en las armas. Es general, diputado, tiene una brillante historia y una hoja de servicios mejor que ninguna de las nuevas. Tan notable es, que los liberales lo reconocen y lo admiran; ahí están todos los periódicos desatándose en elogios; todos, no hay uno que no le llene de alabanzas, y tienen razón: Mateo Cabezudo es un grande hombre; basta que haya sido sargento del antiguo ejército para que valga más que los otros. Pero no crean que es de ustedes; no señor; siempre conserva sus ideas, y así se lo ha dicho á Don Antolín.

Jacinta seguía en su actitud de timidez, revelando la culpa; yo la miraba á hurtadillas con sobresalto creciente. Nada contestamos, y Don Ambrosio, impacientado, nos miró atentamente.

—¿Qué tienen ustedes? preguntó con extrañeza.

Jacinta bajó los ojos y se puso á hacer plieguecitos con su falda, como buscando distracción al miedo.

—Nada...contestó con suavísima voz, que hasta temblaba.

—¿Qué tienes? gruñó Barbadillo adelantando el cuerpo.

—Nada...volvió á decir ella.

—¿Qué sucede aquí? preguntó el viejo, clavando en mí sus ojos irritados y casi afligidos.

—Nada, dije á mi vez, lleno de confusión y de angustia.

—¡Jacinta! gritó el viejo poniéndose en pie solemnemente. ¡Jacinta! No me engañes; dime qué ha pasado aquí.

—Papá...balbució Jacinta con hipócrita timidez; no se enoje vd., estábamos platicando.

—No ha pasado nada, dije yo, queriendo adelantarme á Jacinta; una conversación...

—Sí, interrumpió ella con cierta vivacidad, adivinando mi intento; una conversación; es que Juanito quiere hablarte de.....

—¿De qué?

Jacinta tomó otra vez su aire compungido y temeroso; yo, acongojado y sudando, no encontré que inventar.

—Dílo,.....dígalo vd.....tartamudeó la Barbadillo, aparentando forzada sumisión.

—No tengo que decir nada, repliqué violentamente.

—¡Por fin! exclamó Don Ambrosio enojado y enrojecido. ¿Es esto un juego ó qué cosa?

—Ya sabe vd., murmuró Jacinta, que Juan es muy tímido.

—¡Pues dímelo tú!

—Pero.....

—¡Dímelo! gritó Barbadillo alzando el brazo y enseñando el índice á su hija, terrible, amenazador.

Jacinta fingió vacilación y luego un esfuerzo difícil.

—Quiere..... quiere casarse conmigo.

Me levanté como empujado por un resorte, pero no tuve valor para desmentirla.

Barbadillo, rígido por la inesperada impresión, quedóse como estatua, movibles sólo los inyectados ojos, que después de poner

sobre mí, clavó tenazmente en el semblante de su hija. ¡Casarse Jacinta, á quien él había educado con tal arte que era incapaz de pensar en hombre que no fuera él mismo! ¡Casarse Jacinta, cuando él la suponía enemiga del género masculino y hurtada á sus atracciones!

Después de un momento de estupor, cuando la sangre acudió de nuevo y con más ímpetu á la cabeza de Barbadillo, pudo hablar, aunque difícilmente.

—Quiere..... quiere él. ¡Es decir, que tú también quieres! ¡Cómo es eso! ¡Tú casarte! Eso me saco yo por admitir en mi casa gente que no conozco, y que después me sale llena de picardía.

—Sí, señor; continuó encarándose conmigo; Vd. abusa de la confianza que me ha inspirado; yo lo dejaba hablar con esta criatura á todas horas, creyéndolo incapaz de una falta semejante. Vd. ha venido á seducirla; á enseñarle cosas que ignoraba, á echarla á perder.....

La borla saltaba con furia sobre la cabeza de Barbadillo, y la montera se plegaba y

desplegaba como en colérica gesticulación. El viejo siguió recriminándome, é increpando su fragilidad á Jacinta, violento y amenazador, hasta que ella se levantó, conociendo que era llegado el momento oportuno, y echándole al cuello los brazos se puso á sollozar, derramando un torrente de lágrimas. Barbadillo comenzó por calmarse, después calló, y al fin, conmovido y dominado, abrazó á Jacinta, lloroso y mudo.

Tomando el partido más prudente, pasé por detrás del viejo, y salí de aquel potro. Jacinta no necesitaba detenerme y Don Ambrosio no quería.

En el corredor, cerca de la puerta, estaban Joaquín, Redondo y Doña Serafina, escuchando. Al verlos sentí que la vergüenza me sofocaba más aún; quise pasar entre ellos sin detenerme; pero Redondo me agarró por un brazo, y sonriendo con malicia y satisfacción me dijo:

—Ahora sí.

## XIX.

## Adelante.

ESCONDIENDO mi vergüenza, procuré no dejarme ver en los días siguientes, y sólo entraba á la casa de huéspedes para dormir, haciéndolo á buena hora para no encontrar cerrada la puerta y exponerme á que la abriera Barbadillo.

Lo difícil de mi posición, el despecho de mi derrota y la humillación que producía la vergüenza, fueron causa de irritar mis pasiones, sacándome de quicio, si es que estaba aún en él. Los artículos que á la sazón escribía bajo el título de *Cambio de Gobierno*, habían llamado la atención y provocado contestaciones violentas; pero el cuarto ex-

cedió á cuanto se podía esperar y produjo alarma, y con la alarma una venta extraordinaria de números sueltos, verdaderamente excepcional, increíble.

El buen éxito irritaba más mi caliente sangre, y en el afán de zaherir, de lastimar y morder, apartándome del camino llano por donde solía yo ir, como todos, en puntos de crítica literaria, escribí un artículo censurando acremente, con zumba y mofa unos versos de algún poeta afamado. Después otros, en seguida una comedia nueva; y como alguien tachara de injustas mis censuras y de áspero mi modo de hacerlas, centuplicué las injusticias y aquella aspereza burlona y chispeante que tanto agradaba á los lectores.

Más de la mitad de los periódicos se pusieron de mi parte, ó por tomarla con la causa popular ó por temor de caer en mi desagrado. Ninguno era tan solicitado y leído como *El Cuarto Poder*; el público estaba conmigo, aplaudiéndome sin más razón que la de que aquello le divertía. Sabás seguía animándome con su ingenua admiración, y

Albar, que obtenía del diario ventajas y rendimientos que nunca alcanzó con *La Columna*, me adulaba hipócritamente para empujarme por aquel camino.

Mientras tanto, también crecía la importancia de Don Mateo, y su nombre de periódico en periódico, gritado en todos los tonos, escrito con cuantos caracteres de imprenta se conocen, se agrandaba como vejiga de hule á fuerza de viento, adquiriendo sinó más sustancia, sí más volumen, que era lo deseado. Página por página iba publicándose toda su historia, tan adulterada como la parte que escribió Escorroza en *El Lábaro*, y no ya la sencillez de los provinciales que todo lo creen, como vaya en letras de molde desde la capital, sino los empinorotados personajes de coche y palco, llegaron á ver en Cabezudo un sujeto razonable, un hombre de consideración, casi un verdadero general con influencia en su provincia.

Obra era todo ello del gran Bueso, capaz de falsificar moneda, no que hombres, cosa mucho más fácil. Bueso le llevó á los teatros

colocándole en sitio bien visible; le presentó á los magnates, que tenían para él la deferencia del temor; le procuró invitaciones para grandes bailes y elegantes tertulias; le llevó á los garitos ilustres y le relacionó con la mayor parte de los directores de los periódicos.

En cambio Bueso tenía el sitio de preferencia en el carruaje de Cabezudo; la cabecera en su mesa, y según decía Pepe, mano franca en su bolsillo. Bueso había sustituido á Remedios, la cual ya no salía con la frecuencia que antes acompañada de su tío.

Parecía que Don Mateo y yo nos disputábamos los elogios de los periódicos; pues si de él se decía que era valiente soldado, se me llamaba á mí dulce poeta; si á él distinguido ciudadano, á mí notable periodista; y cuando alguno le llamó ilustre general y político profundo, á mí gran crítico y uno de los más eminentes publicistas. Sólo un periódico no hablaba nunca de Don Mateo: *El Cuarto Poder*; sólo uno no hablaba nunca de mí: *El Lábaro del Siglo*.

No sé qué vaga esperanza ó temor incon-

ciente, había salvado á Cabezudo de mi pluma; mas una noche ví en el teatro á Don Mateo más inflado que nunca, rodeado de personas que iban á saludarle, á Remedios junto á él con más brillantes que nunca y hermosura más deslumbradora, y noté en un momento, que Bueso, hablando con Don Mateo, me señalaba con el dedo, y se apoyaba en el respaldo de la silla que ocupaba la joven; esa noche, digo, después de entrar por la panadería de Ferrusca, mediante anticipado convenio con el sobrino, me desvelé escribiendo un par de cuartillas muy estudiadas, pero no menos duras para el famoso general.

Pero las pruebas calleron en manos de Escorroza, quien subió con ellas al escritorio de Albar, y llamado á poco por éste, subí á mi vez.

No; aquello no podía publicarse. Por deferencia á mí, Albar, había resuelto que nada se dijese en elogio de Cabezudo; pero quedó comprometido desde entonces á callar, callar absolutamente; tanto que el general recibía diez suscripciones del periódico.

Pero no había que impacientarse, que después podían cambiar las cosas.....

Quedéme yo mascando mi derrota y Escorroza, batiendo palmas, fué en seguida á contarle á Bueso y á Cabezudo.

Aquel mismo día, bajo la salvaguardia de un *se dice*, *El Lábaro* contó en estilo de Escorroza, que el Sr. Cabezudo iba á ser ascendido á General de División. Y no hay para qué decir que me faltó apetito para la cena y tranquilidad para el sueño. Antes me había parecido un disparate para halagar al vanidoso Cabezudo; pero después de todo lo increíble que veía yo realizado, la noticia se me figuraba no sólo verosímil, sino hasta lógica.

En la velada me acompañaron durante algunas horas Redondo y Joaquín, que desde la noche de mi escena con Jacinta y Barbado, no habían podido verme. Según ellos estaba yo en excelente camino; no había sino prometer también al viejo que me casaría, ¡valiente dificultad! ¿No lo había yo prometido á Jacinta? Pues fuera escrúpulos tontos, y redondear el negocio, que estaba ya de punto.

Extendiéndose por aquí la conversación con amplitud vedada á mi pluma, lograron los estudiantes encender otra vez mi deseo y rendir mi resistencia. Las farsas de Jacinta autorizaban las mías; ella era la que me buscaba, la primera en engañar á Barbadillo, hipócrita con él, y conmigo artificiosa y mañera. Desde el enojo de su padre, no había día que no me dijera, al pasar por la puerta de mi cuarto, alguna palabra provocativa, ó no me diera noticia de lo que adelantaba en la voluntad del viejo, cada vez más encantado con las virtudes y excelentes partes de su hija. No; ella no se rendía de engañada; de seguro que se fingía caer en engaño para disfrazar su liviandad. Redondo y Joaquín se atrevían á asegurarlo y aun lo jurarían. Yo lo creí y me determiné á darle á Jacinta el gusto de engañar á Don Ambrosio.

Esta idea predominó en mi mente todo el resto de la noche, revuelta á veces con la noticia de *El Lábaro*, de la cual tomaba mayor brío y actividad para imponerse sobre todo escrúpulo.

Á otro día, fuíme con ella á la redacción, deseando ya que Barbadillo me llamara para arreglar cuentas. De regreso, Doña Serafina me entregó una cartita que por lo pequeña y el sobre azul conocí desde lejos ser de Felicia; y al tomarla recordé con pena que había ya una semana que no iba á visitarla.

Apenas había yo leído los tres renglones en que Felicia me recomendaba muy encarecidamente que fuera á su casa á las nueve de la noche, cuando Jacinta, entrando sin miramiento en mi cuarto, me arrebató el sobre de la mano y dió un salto hacia atrás para impedir que yo se le quitara. Rápidamente, me guardé en el bolsillo la carta; y así era preciso, pues Jacinta volvía sobre mí, al verse chasqueada.

—¿Dónde está la carta? me preguntó imperiosamente.

—La he guardado, respondí con entereza.

—Dámela.

—No es cosa que te interese.

—Está bien, replicó con despecho; esta es letra de mujer; de la misma que te ha escrito otras veces. Guárdate tu carta, guár-

datela. Pero no creas que esto se queda así: yo he de saber quién es esa, y te ha de pensar, si quieres burlarte de mí.

Y después de tirar al suelo el sobre, dándole un pisotón con cólera, salió del cuarto alzada la cabeza, llena de altivez y altanería.

Ligero temblor me hizo estremecer y sentí miedo.

---

**XX.****Remedios.**

**R**EMEDIOS no era ya más que un sueño hermoso, un recuerdo de mejores días, lejana memoria de un bien perdido, que trae á la mente imágenes de indefinibles formas, poéticas por lo vagas, eternamente ideales porque nunca se palparon en la realidad de la vida. Había muerto aquella niña hermosa é inmaculada, y había muerto amándome con amor cándido como las azucenas, de suave perfume, modesto, tímido. En su lugar, había otra que no era la mía; otra que, para ser flor, habría de convertirse en camelia inodora, aristocrática, ostentosa y cara.

En cambio, también yo había muerto. La

historia de los amantes de San Martín, me parecía un idilio que yo había leído en alguna parte, cuyos personajes me eran vivamente simpáticos, y cuyas páginas me conmovían profundamente. Mi ser tenía poco de común con aquel enamorado de villorrio, tan soñador y tierno; y cuando pensaba yo en el Juanito de veinte años, me parecía un muchacho agradable y hasta digno de alguna protección.

Ahora no había nada de aquello. Una pluma de combate mojada en hiel y aguzada en enciclopédica lectura; un periódico de fama y gran circulación, que me ofrecía su primera plana para mostrar mi nombre al público; un renombre adquirido en lides, á fuerza de triunfos ruidosos y espléndidos. Y después de esto, una mujer; pero no sacada de una égloga de Garcilazo, más blanca que la leche y trasparente como las aguas de un arroyo, sino llena de la fiebre de la vida, y de las pasiones violentas del mundo. Para satisfacción del trabajo y como goce supremo, un artículo procaz y un aplauso; para satisfacción del amor y como placer del al-

ma, una mirada de encono y un pellisco de aquella mujer, que sólo así era hermosa; pero terriblemente hermosa!.....

En mis horas de tranquila reflexión, de calma interna, sentía yo casi repugnancia por Jacinta. Su desenvoltura me desagradaba, su libertad me parecía grosera, su exaltación, brutal; veía yo en ella una mujer despreciable, temible y hasta fea. Pero cuando la vanidad, el orgullo, el despecho y encono señoreaban mi corazón y encendían mi cerebro, Jacinta, convertida en fiera irritada, con chispas de celos en los ojos, dispuesta para la amenaza la boca, y para el golpe el puño, me parecía la mujer por excelencia, su hermosura la única digna de admirarse, sus arranques y sus expresiones las del único amor verdadero y capaz de seducir á un hombre.

Pensaba yo en ella cuando me dirigía á la calle del Amor de Dios, para acudir á la cita de Felicia. ¡Con qué coraje había arrojado al suelo el sobre y había puesto el pie encima! Le tuve miedo cuando salía de mi cuarto con el semblante encendido por la

cólera, y aquel miedo formaba parte de la seducción con que me atraía. Sus ojos, incapaces de expresar los sentimientos delicados, tomaban extraordinaria luz, cuando expresaban pasiones fuertes. Entonces los párpados contraídos, juntaban las pestañas, que aparecían más negras; el ceño plegado unía las cejas, casi formando un sólo arco, ancho y erizado que sombreaba las pupilas, y la frente se dividía por una arruga que subía del entrecejo. Así sus ojos me quemaban y me hacían temblar, presa de una agitación como de miedo y de gozo, de temor y de un extraño afán por seguir á quien me le causaba, bien como el cazador que arrastrado por su pasión favorita, persigue hasta la madriguera en lo intrincado del bosque á la fiera que puede devorarle. ¿Quién podía negar entonces que Jacinta era hermosa, que le sentaba bien la natural desenvoltura, el aire altanero y el ademán de grosera amenaza?

Pensando así, distraído y nervioso, recorrí calle tras calle, sin sentirlo, todas las que me separaban de la casa de Felicia. Entré en

el cuarto de la muchacha, había luz, que hirviendo mis ojos me hizo recordar que iba á verla.

—¿Para qué me querrá? me pregunté con indiferencia.

Y subí la escalera.

Al entrar en el corredor, encontré á Felicia, que conoció mis pasos y salió á recibirme; pero no me dijo una broma, como tenía por costumbre, en su tono jovial y cariñoso; sino antes por el contrario, puesto sobre los labios el dedo, me mandaba callar. Yo me habría sobresaltado, si no fuera porque los ojos de la muchacha estaban alegres, y había en su boca leve sonrisa, que contrastaba con algo del azoramiento que en su rostro se pintaba. Me tomó de la mano, y sentí la suya temblorosa; me hizo señas indicándome no pisar fuerte, y me guió hacia su cuarto, á tiempo que, viniendo de la sala, llegó á mi oído una voz bronca, con claro acento pedreño, descuidada y áspera que me produjo un estremecimiento repentino: la de Don Mateo. Felicia lo notó y empujándome suavemente, me hizo entrar en el cuarto.

Dí un paso atrás, dominado por la sorpresa, cuyo poder no pude resistir, y quedé junto á la puerta, cortado el aliento, inmóvil, sintiendo los violentos latidos de mi corazón que saltaba con fuerza extraordinaria.

Era Remedios la que estaba allí, sentada al borde de la cama de Felicia, y reclinada en las almohadas, puesta la cabeza sobre la mano, en actitud pensativa. Al verme había enderezado el cuerpo rápidamente, y no menos sorprendida que yo, quedóseme mirando, como si no pudiera apartar sus ojos de los míos, que la miraban también de hito en hito.

Cuando el susto de la sorpresa, vencido en breve instante, dió lugar al corazón para ejercer su soberano imperio, sentí algo como una resurrección de todo lo bueno que encerraba mi alma, y de todo lo santo que guardaba en mis recuerdos. Súbitamente, como por mágico influjo, renació en mí la humildad de otros días, la sencilla timidez de mi carácter, la ingenua y dulce pasión de que antes era esclavo; y me sentí en otro mundo, contento, gozoso, ageno á la envi-

dia y al orgullo, despojado de vanidad, libre de la hambrienta ambición que comienza por devorar nuestras propias entrañas.

Felicia, de pie á un lado, nos contemplaba, gozándose en su obra, riendo con nerviosa risa, llena de una alegría que trataba de contener y que se desbordaba, sin embargo, por su boca entreabierta. Ella nos sacó de aquella perplegidad producida por la sorpresa, dándome un empujón que me obligó á acercarme á Remedios.

—Anda, hijo, arrodíllate; me dijo dejando escapar su juguetona risa; pero en voz baja.

Estuve á punto de obedecer. Me acerqué más á Remedios, y sin decirle una palabra, como si fuera aquella la primera vez que la veía de cerca, tímido y cobarde, estreché con mis dos manos la que ella me tendió, tibia y trémula.

—Por aquí, dijo Felicia, señalando un sofacito que estaba en el fondo del cuarto.

Tomó de la mano á la joven y obligándola á levantarse, la llevó al mueble señalado. ¡Nunca la había visto tan hermosa!

¡Nunca su esbelto y airoso cuerpo me había parecido más gallardo ni seductor! Todo porque su traje no era de seda, ni llevaba joyas valiosas en el pecho ni en las orejas. Vestía con la modestia que antes solía; un sencillo traje de percal, no sé si hecho con gusto y primor, ó que le tomaba forzosamente al ceñir aquellas escultóricas formas; una cinta negra al cuello, de la cual pendía insignificante dije; dos pequeños pendientes negros también, que hacían lucir más el suave color de rosa de las mejillas y de las orejas breves y redondas como conchuelas del mar.

—¡Qué susto me has dado! dije á Felicia, sentándome junto al sofá.

—Á ella también, contestó riendo la muchacha.

—¿Te asustaste? pregunté á Remedios cariñosamente.

—Mucho, respondió. No sabía yo que vendrías.

—Y he llegado tarde. Si hubiera adivinado que estabas aquí.....

—No habrías venido. ¿Verdad?

Bajó los ojos al dirigirme con dulcísimo tono este reproche, y noté en su hermoso semblante un gesto de seriedad sincera que me afligió é inquietó.

—Nó, no digas eso; me apresuré á responder. ¿Dudas de mí?

Remedios guardó silencio y no alzó los ojos.

—¿Crees que puedo huir de tí? pregunté en seguida. ¿Pues no te busco por todas partes?

—Antes sí, me contestó con voz temblorosa, en que se revelaba viva emoción; ahora ya no.

El reproche era justo; sentí vergüenza y la conciencia trajo á mi mente recuerdos que me inspiraron repugnancia.

—Hoy lo mismo que siempre, le dije. Hay veces que no puedo, porque mi trabajo tiene que ser constante, y en ocasiones no me deja un momento libre. Pero de todos modos, te juro que soy el mismo para tí. No te enojes conmigo; no me reproches lo que depende de causas ajenas á mi voluntad.

—No seas hipócrita, Juanillo; dijo Felicia interrumpiéndome. Dí claras las cosas ó te tiro de las orejas.

—¡Felicial exclamé con temor.

—Nada; yo no consiento que mientas, ni siquiera para contentarla. Dí la verdad.

—Pues es la verdad.

—Dímela tú, dijo Remedios, clavando con muestras de interés sus negros ojos en los de su amiga.

—Pues la verdad es, hijita.....

—Mira, Felicia.....

—¡Cállese vd.! La verdad es que estás muy encumbrada, muy arriba, muy alta! ¿eh? Y Juan es un pobrecito, chiquitito y roto, que no puede subir tanto.

—¡Felicial dije angustiada.

—¡Cállese vd. Don Azafrán; déjeme hablar á gusto! Pues sí, señor; por tanto es ridículo que un Juan así, ande buscando á una Remedios tan elevada, que sólo se roza con ministras y princesas y diputadas. Por eso no te busca ni te escribe una cartita, ni quiere hacerte unos versos que le he pedido veinte veces.

Remedios había alzado los ojos, húmedos por esa lágrima que no llega á las pestañas, y me había obligado á bajar los míos al peso de la culpa.

—¿De veras? me preguntó conmovida.

Dí, con callar, la más clara respuesta, y ella agregó:

—Haces mal en pensar eso; pero casi se me figura que tienes razón. Lo había yo pensado, y siempre me he resistido á llevar lujo, porque siempre he vivido pobre, y eso me gusta más; y porque me parecía... que te lastimaba con llevarlo...

—Perdóname, dije avergonzado; pero piensa que todas esas necedades mías, proceden de que te quiero tanto.....

—Mi tío, continuó ella con cierta exaltación, me obliga á vestirme ricamente, á asistir á bailes, á teatros, á paseos que no me agradan, porque yo no nací para eso; pero te ofrezco que le rogaré y suplicaré que me deje seguir mis inclinaciones. Yo no quiero que te ofendas, ni que dejes de verme como antes.....

Brillaban los ojos de Remedios, mojados